

M. Zambrano (1992). *El hombre y lo divino*. Madrid: Siruela

Sandra Ruiz Gros^a

No fue este libro, nos dice la propia autora al inicio, pensado y escrito para ser llevado a la imprenta. Zambrano, discípula de Ortega y Gasset, redactó esta obra en el tiempo en el que estuvo viviendo en Roma. A este periodo comprendido entre 1953 y 1964 corresponden también *Los sueños y el tiempo*¹ y *Persona y democracia*². Redactada en 1955, *El hombre y lo divino* se vería aumentada en 1970 y completada en 1973. A pesar de ello, todas las partes encajan perfectamente en el conjunto de estas páginas. Porque el movimiento que ejerce en él es único, con sus momentos más álgidos, con otros en los que se palpa perfectamente el sentimiento de distan-

ciamiento, la poesía que no puede dejar de aparecer aquí también.

Arranca de forma directa Zambrano cuando dice en la introducción que es desde hace poco tiempo que el hombre narra su propia historia, se plantea su presente y mira hacia su futuro sin contar con los dioses, ni con Dios. No es un lamento, ni una queja, ni una postura de triunfo, sino más bien el primer paso que da para atraer la atención e ir más allá de las apariencias para ver que, en realidad, el hombre y lo divino, el hombre y Dios, no se han separado nunca.

No ha dejado el ser humano de buscarse a sí mismo y para ello necesita acu-

^a Miembro del Equipo de Investigación sobre Emoción, Empatía y Compasión. Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.

Correspondencia: Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir. C/ Guillem de Castro, 94. 46001, Valencia. España.

E-mail: sanruiz@alumni.uv.es

¹ M. Zambrano. (1998). *El tiempo y el sueño*. Madrid: Siruela.

² M. Zambrano (1988). *Persona y democracia*. Barcelona: Anthropos.



dir a la divinidad, a Dios. Porque aunque busca emanciparse, al final vuelve a topar precisamente con aquello de lo que huía: la divinidad. Aunque solo sea para renunciar a ella, tiene que nombrarla. Quiere desterrarla pero por extrañío que parezca, lo divino se cruza de nuevo en su camino una y otra vez. La razón se encuentra en que es el mismo ser humano quien reclama lo divino porque el caos, la oscuridad o la soledad lo angustian y necesita salir de ellos. Con ello vuelve a aparecer otro motivo por el que la divinidad sigue presente en la identidad del ser humano: la pregunta. En momentos de búsqueda, de desdicha, de aflicción, de *desgajamiento del alma* (Zambrano, 1992: 37) que es la definición que le da la autora a la pregunta, es cuando surge la divinidad. Así, la filosofía, el arte, la poesía o la ciencia van ligadas a los dioses. Preguntarse cómo salir del caos, querer obtener respuesta al interrogante de qué son las cosas o buscar qué lugar ocupa el ser humano en el mundo hace que surja lo divino y, para poder estar seguros de que ese es el camino, la imagen juega aquí un papel importante. Es la que canaliza a los dioses y su importancia radica en que de ellas surgirá el desarrollo de las ciudades, de las leyes o las edificaciones. De nuevo, aquello de lo que se quiere alejar el ser humano, lo divino, reaparece en su horizonte, tanto dentro como fuera de sí mismo.

Sin embargo, esto no es sinónimo de una relación equilibrada, regida por la armonía y sin atisbo de enfrentamiento. Impulsado por el afán de respuestas, el hom-

bre no las encontrará en la divinidad. Más bien es al contrario. Los dioses persiguen a los seres humanos, los reclaman, les hacen recordar continuamente su presencia. Por ello el sacrificio es aquí la búsqueda del silencio y de espacio propio y no tanto para obtener reconocimiento.

La reflexión de Zambrano despoja de todo halo que podía separar a los dioses de los hombres. Los dioses griegos, así como los semidioses y los héroes, igualmente batallan contra el caos y el tiempo que amenaza con consumirlos también a ellos.

Quizá por ello, en lugar de traerlos bajo la forma de imágenes o dotarlos de nombres o situarlos en un panteón, los pitagóricos los salvaron de esa amenaza de ser destruidos a través del número. Esto fue fuente de crítica para Aristóteles, quien vio que el pitagorismo no podía ser nunca una filosofía. Lo que diferencia a Pitágoras de Tales, señala aquí María Zambrano, es que al segundo lo mueve un afán de saber, mientras que el primero se mueve en el paradigma propio de Oriente: responder a lo alto, a la llamada. Porque lo divino se mueve una vez más por otros cauces que hasta ahora no se habían tenido en cuenta y que vienen de la mano del hombre oriental. Es la humanidad de India, de Irán, de Caldea, de Egipto... que no se posicionan con respecto a la divinidad como hasta ahora lo venían haciendo en Occidente. Por ello, en lugar de interrogar a su dios, se dirige directamente a lo divino, como cuando construye las pirámides como “espejo de la luz, como respuesta de la tierra” (Zambrano, 1992: 94).



No estará al final perdida la batalla para los pitagóricos. Con el paso de los siglos el aristotelismo no podrá llevar a cabo el sacrificio que se le exigía si quería seguir manteniendo la idea del Motor inmóvil. Lo que da la razón en cierta manera al pitagorismo es, desde Galileo hasta nuestros días, que el conocimiento de la naturaleza requiere el número.

En este ir y venir de dioses y hombres la historia avanza y con ella aparece un nuevo giro que se traduce en dejar atrás el Mundo Antiguo y con ello una nueva manifestación de la divinidad. Es esta misma divinidad, la “creada” por el propio ser humano, la que desaparece por ciclos pero la religión cristiana aparecerá con un rasgo propio ya que muere por el sacrificio. El cristianismo será el exponente de cómo el abandono hace que Dios vuelva a conectar con el hombre, porque también su Hijo reclama haber sido abandonado. Esto es lo que le hace accesible, porque sale al paso con contundencia un elemento que por el momento no habíamos visto: el ateísmo. Hasta ahora se ha hablado de dioses, de la relación del hombre con lo divino, de la sensación de persecución por parte de unos y de querer vencer al tiempo que los consume a los otros.

Ahora la tensión aflora porque el ser humano reclama directamente y manifiesta su disconformidad, como cuando Lucrecio expresa el reproche del hombre ante lo inaccesible de los dioses. Empieza a tomar forma el ateísmo como sinónimo de desolación, de distancia imposible de

superar entre aquello que es la vida divina, Dios o los dioses que están lejos del hombre, que a su vez camina por la tierra. Parece que esto justificaría la llamada “muerte de Dios” pero no es así. María Zambrano la considera como algo común a todas las culturas, pero solo puede tener cabida en el cristianismo. Cuando Nietzsche la enuncia, en realidad está anunciando algo que ya aparecía en el Antiguo Testamento. “Matar” a Dios en realidad es el descenso a los propios infernos para, desde ahí, volver a crear, dar espacio y rienda al ansia de creación.

En esa tensión entre querer alejarse de la divinidad y la casi imposibilidad de que así sea parece que el hombre moderno puede por fin imponerse bajo la forma del que cree en la razón, bien sea discursiva o intelectual.

No todo está perdido, sigue habiendo un pequeño resquicio por el que se puede entablar el encuentro con lo divino y lo será a través de la tragedia y la piedad. Esta última aparece en el Eutifrón como el trato adecuado con los dioses y acabará por ser vista como una virtud, como modo de ser del hombre justo. Con la aparición de la piedad, Zambrano trae hasta nosotros la necesidad de recordar que sentir, narrar o contar forman parte de la historia de la humanidad. Es la tragedia la que ejerce de vía por la que transcurre la piedad. El lenguaje expresa y manifiesta, rompe con los límites establecidos y rígidos de la sociedad en la que vivimos. La tragedia, tan olvidada en tantas ocasiones, va de la



mano de la piedad para aparecer como el género que cierra el extenso delirio que se ha dado durante siglos.

En ese movimiento pendular de aproximarse-alejarse de la divinidad no se puede olvidar el inicio del proceso de transformación de la relación del hombre con la divinidad. Ya no recuerda que fue él mismo quien, a través de la filosofía y la poesía, hizo presente lo divino. El giro comienza a darse en un momento concreto, con la caída del Imperio romano, donde lo divino pasa a tener un carácter negativo. Aquello que lo sustentaba, costumbres, edificios, poemas, corrientes..., queda en simple ruina, en pasado que anuncia que el ciclo se ha cerrado definitivamente porque esta es la condición de lo divino, el ciclo de vida-muerte.

La muerte es el núcleo de la penúltima parte del libro. Tanto esta como la que cierra el libro fueron, como hemos indicado, añadidas con posterioridad. Ambas manifiestan un soplo diferente, porque parecía que tras el recorrido hecho hasta llegar aquí todo estaba perdido. Zambrano nos acompaña cuando reflexiona sobre los templos y la muerte en la Antigua Grecia. ¿Por qué se centra aquí en esta cuestión? ¿No se está alejando en realidad del hilo que había seguido? De nuevo aborda aquí multitud de cuestiones que atrapan la atención del lector cuando comienza observando que es el templo la manifestación de lo sagrado, de lo proporcionado, de la luz y la oscuridad, entre la noche, Zeus, dios de dioses y su hijo Apolo, el hiperbóreo, el día... la geometría y el arte son el

canal que encauza lo sagrado. Aquello que acoge es intangible, esto es, la presencia de lo divino. El templo es lo que permite entrar en contacto directo con la esencia, con lo divino. También el templo cristiano acoge el misterio custodiado que irradia vida total. En el templo el tiempo y la vivencia son diferentes a como se viven fuera. Por ser sublime, inefable y envolvente, no se limita al templo sino que se le encarga a lo simbólico la responsabilidad de manifestarlo: la romería, el prado cercano, la fiesta, la palma, el olivo, las naranjas...

Los dioses, lo divino, la divinidad no están tan alejados del ser humano. El hombre, lo divino, la vida, lo presente y lo trascendente tienen sus raíces en los misterios, en las bacantes, en las musas. El ser humano se encuentra privado de la inmortalidad ante los dioses, pero hay algo que lo salva frente a ellos, algo que ellos no pueden poseer: la pasión por el conocimiento. Lejos de olvidarse los unos de los otros, Artemisa, Apolo, Deméter, Perséfone y la figura del Triptolemo que ejerce aquí de enlace hacen que se manifieste lo terrenal, lo infernal y también, al mismo tiempo, lo celeste y lo divino. Todo con un elemento de fondo que hay que retener: la luz. Ella es la que salva de aquello que nos enfrenta-une a lo divino, que es la muerte. Hermes, el Psicopompo, el de los pies alados, es mensajero de la muerte, viene de la oscuridad divina y de aquella luz que no es percibida por los mortales. La luz y la oscuridad, la vida y la muerte se entrelazan. De nuevo, de forma irrompible, se unen lo humano y lo divino bajo el ritmo que



viene marcado por el tiempo-la vida-la muerte-la ocultación-lo manifiesto.

Queda hablar de una tradición que se separa de lo que hasta ahora hemos visto, una en la que Dios no existe sino que lo que existe es “mi Dios”. Es Job la figura que hace que se tome conciencia de esta tradición. En este libro además aparecen con frecuencia y de forma concreta dos nombres: el Omnipotente y el Hacedor. Además, hay una relación directa entre Job y Dios, entre el sujeto y Dios. Es esa relación personal y no la existencia de Dios lo que está en juego y en movimiento aquí.

El libro de Job es una tragedia, elemento que ya había surgido antes en esta obra pero que tiene aquí un cariz diferente: la solución se encuentra en la vuelta al favor divino. Ese giro destacado es la cercanía del ser divino, aunque no por el camino fácil. Job, que parecía vivir en un estado de naturaleza, en una especie de paraíso con una cadencia especial, con espacio propio, ha sufrido el suspenso en el vacío, la pérdida y el abandono, que no la soledad. Job es una figura nueva: la del doliente, la del sufriente.

Quizás Job y posiblemente nosotros, para encontrar respuesta, tendríamos que recurrir a las palabras de la propia María Zambrano cuando dice que “el que no sabe lo que le pasa, hace memoria para salvar la interrupción de su cuento, pues no es enteramente desdichado el que puede contarse a sí mismo su propia historia” (Zambrano, 1992: 25).

El hombre no puede desprenderse de lo divino porque es como su sombra, no

como fardo pesado del que quiere deshacerse a toda costa, sino como lo que le ha acompañado desde el principio. Es fruto propio de la humanidad porque el hombre se interroga, indaga y pregunta. El interrogante por la naturaleza, la búsqueda del orden en el caos del tiempo hacen que lo divino se presente a través de la filosofía y la poesía, de las leyes y las construcciones, de lo pasado y lo que está por venir. Aunque el ciclo retorne eternamente, se levanten periodos de historia y les siga la decadencia de estos, allá donde miremos el hombre y lo divino siempre estarán fundidos. Negar la presencia de la divinidad es renunciar a la palabra, al arte, a la belleza de los mitos, a lo que podrían contener los misterios, a la renovación y a la transformación.

Adentrarse en esta obra de María Zambrano es sumergirse en un ritmo donde la autora va desgranando una visión sorprendente sobre la relación del ser humano con la divinidad, donde al contrario de lo que suele suceder, es el hombre el que cobra aquí relevancia. Son numerosas las cuestiones que abarca, desde la piedad, la tragedia, el amor, el tiempo o la muerte, pasando por la mitología, la filosofía o la historia. Este es un libro cuya lectura enriquece enormemente y aporta una perspectiva que invita a volver más veces para profundizar y descubrir todo lo que puede ofrecer.

Es un manifiesto de la razón poética propia de María Zambrano, donde se revela que en realidad lo divino y el ser humano se acompañan mutuamente. Este libro es la obra a la que acudir cuando se *desgaja* el alma.



